

MANSIONES VERDES, por *W. H. Hudson*.—Zig-Zag, 1938

Seguramente este libro es el producto de la fantasía creadora del autor, pero de una fantasía que se apoya vigorosamente en la realidad. En una realidad que el novelista ha revestido con las galas de una imaginación robusta y enriquecida por un cúmulo de observaciones, certeras y originales, del medio en que se desenvuelven los acontecimientos que dan materia y substancia al relato, y conducen el lector al escenario mismo de los hechos, haciéndole vivir intensamente las emociones y ansiedades de sus episodios, en que el misterio, la poesía y la belleza descriptiva, son su médula y su fuerza animadora.

Empero es preciso advertir, que no es éste propiamente un libro de aventuras. Es más bien, un poema empapado en emoción humana y en admirativo fervor hacia la prodigiosa naturaleza que rodea al inquieto personaje en quien el autor hace residir su fantasía y su ensueño de hombre. No está el encanto del relato, únicamente, en el exotismo de los nombres de los parajes, de los ríos, de los pájaros, de las fieras y de las mil alimañas que pueblan la selva y le dan animación y colorido. *W. H. Hudson*, es un cantor originalísimo de la naturaleza. No es sólo su nervio y su brío lo que más haya que admirar en él, sino cierta fuerza sortílega, si así pudiera llamarse, para cautivar al lector con la belleza de su estilo, en el que hay una fluencia natural y elegante para decir las cosas. Sabe poner en el corazón de quien lee, la angustia de los más hondos dolores, así como la suavidad pura de una alegría verdadera. Y todo esto sin alardes, sin pedirle demasiado al idioma y a las palabras, y en una forma sencilla, como si anticipadamente tuviera una secreta conciencia de que el verdadero sentimiento no necesita de arrebatos ni de exaltaciones, para provocar esa conmoción interna que es la emoción. Y en esta

apreciación que uno puede hacer del novelista hay que agradecerle, mucho, muchísimo, a Ernesto Montenegro, que ha hecho de este libro una maravillosa traducción, pues ha logrado sorprender y aprehender los más finos matices del espíritu del autor. Las más delicadas y sutiles imágenes se ve que han sido vertidas a nuestro idioma con toda su gracia y pureza original, dándole a esta versión toda su auténtica fuerza expresiva.

Y en verdad que este libro necesitaba la traducción de un artista, de tanta calidad como lo es Montenegro, para ser justipreciado, ya que la realidad que en él se pinta, tiene mucho de la irrealidad de un país maravilloso. Hace recordar a Rudyard Kipling en sus cuentos del «Libro de las tierras vírgenes». Tiene de éste el amor a los animales; ese sentimiento profundo de buscar en todo ser viviente, aun en los irracionales, un soplo de bondad y de grandeza. Y en el amor ideal que describe con esa misteriosa mujer de la selva, que es Rima, nos hace recordar a aquel poético y hermoso cuento de Pushkin, «Oliesia», la hermosa hija de una bruja, una criatura hecha toda de dulzura y de gracia, que perece en manos de los campesinos de una aldea, víctima de la ignorancia y torpes supersticiones de éstos, que ven en ella a una deidad maligna y culpable de todas sus calamidades y desventuras.

Empero aquí, en la novela de W. H. Hudson. Rima es un misterio, es un hada, es una dulce sombra que vaga entre la espesura de los bosques. Es fina y veloz como una gacela. Graciosa y ligera como una visión de leyenda. Y, sin embargo, posee un alma humana, tiene un corazón que conocerá la tortura del amor, tiene un espíritu que sabe evocar, que sufre con los recuerdos, vagos e imprecisos, de una madre que la arrulló en su infancia. Es esquiva y tímida como un pajarillo, y sin embargo nada hay en la selva misteriosa e inextricable que signifique un peligro para ella, para Rima, que nació en medio del bosque y sabe cantar como un ruiseñor, y lanzar

gorjeos tan melodiosos como los del turpial. Vive de lo que le dan aquellos bosques que nunca terminan de alzar sus verdes mansiones. Frutas y resinas de los árboles, constituyen su alimento. Las arañas tejedoras la envuelven en sus hilos brillantes para tejerle su túnica gris o de armiño, según lo desee su anhelo de mujer. Porque Rima posee un alma de mujer, ansiosa de ternuras, y de todo aquel gozo que involucra el amor. Como Blanca Nieves, sabe dominar a los animales, con su dulce y melodioso lenguaje que le aprendió al viento de la selva, y hasta la serpiente roja con anillos de coral, se doblega sin vomitar su ponzoña ante la fuerza limpia y pura de su mirada. Son muchos los días y los meses que el aventurero personaje del relato vive buscándola a través de la selva. Y ella canta, ríe y le habla sin dejarse ver, en su idioma selvático, en ese idioma que aprendió de los pájaros altaneros que lanzan sus canciones desde lo alto de los árboles majestuosos, luciendo el fastuoso colorido de sus plumajes. Y hasta los terribles monos aulladores le dan el homenaje de sus conciertos estridentes, que conmueven la selva y la agitan en una especie de sinfonía tempestuosa y empavorecedora.

Pero ella, Rima, para los salvajes habitantes de la comarca es también una deidad maligna y peligrosa a quien hay que matar. Pero le temen, porque la leyenda que los mismos salvajes han creado, cuenta que Rima, coge en el aire las flechas de sus cervatanas, y las devuelve a los que las lanzaron hiriéndolos y causándoles la muerte con su propio veneno. Y sin embargo la verdad es tan distinta, pues aquella misteriosa niña, es como un hada bondadosa del bosque. El autor mismo no llega a conocer jamás, en su romance tierno y doloroso, lo que hay en el fondo de su alma. Es como el símbolo de la más pura e ideal concepción del amor; de un amor que no llega a conocer los ardientes arrebatos de la pasión humana, con sus deseos y ansias de posesión. Es más bien una creación poética, nacida del corazón del escritor, al cual su fantasía

le dió alas; las alas leves y sutiles de un ensueño inalcanzable.—L. D.



LATIFUNDIO, por *Miguel Acosta Saignes*.—Editorial Popular, Méjico, D. F.

Miguel Acosta Saignes, joven escritor revolucionario venezolano, aporta en «Latifundio», obrita de unas doscientas páginas escasas, una valiosa contribución al estudio del problema económico-social del trópico americano al analizar la influencia del latifundio en el desarrollo económico de Venezuela y comprobar los perniciosos resultados que este sistema de apropiación y de explotación de la tierra ha tenido para la vida política y social de su país.

El libro de Acosta Saignes interesa por igual a todas nuestras gentes ya que no es Venezuela el único país indo-americano en el cual la supervivencia de la gran propiedad agraria constituye uno de los factores que impiden un sano y normal desarrollo de la economía.

En cuanto al Perú se refiere, el estudio del problema de la tierra, así como el de otros aspectos de la realidad económico-social, encontraron en Mariátegui un investigador genial, cuyas huellas han seguido luego destacados publicistas de la nueva generación revolucionaria del país hermano.

Por desgracia no puede decirse lo mismo de las otras repúblicas de la América Tropical. Inexploradas, o poco menos, han permanecido en ellas las causas fundamentales del retraso económico imperante. Y en tal situación, por la fuerza han continuado deleznable o incompletos los intentos de explicar satisfactoriamente las razones del desequilibrio permanente de su vida política y múltiples otras aristas de su accidentado devenir económico-social. Para nuestros eruditos a la violeta,